

CAVALLETTI, Andrea. *Clase. El despertar de la multitud*. Traducido por María Teresa D'Meza. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2013. 184 pp.

“La masa (...) se sitúa como un velo ante el flaneur (...) Borra, en segundo lugar, toda huella del individuo (...) Es, finalmente, el más reciente e inescrutable laberinto en el laberinto de la ciudad”.-

Walter Benjamin. *Libro de los pasajes*¹.

Para una resignificación del concepto de clase, que va desde lo social a lo nuevamente político

“¿Qué es la sociedad moderna?” (p. 7) es la pregunta con la que parte el libro y que nos permite vislumbrar el interés del autor no solo por la filosofía moderna, sino también por la filosofía contemporánea y la biopolítica de una manera muy particular². A partir de esta aparentemente simple interrogante, Cavalletti da cuenta de la supremacía que desde el siglo XIX adquiere la idea de sociedad (en tanto esta es planteada como ilimitada, mas no como infinita) por sobre la idea de gobierno. Es así entonces que, ya desde el primer párrafo, el autor nos señala que el problema no está en el tipo de gobierno, sino que el conflicto radica en la sociedad; la cual no solo trasciende al gobierno, sino que también lo engloba. En tal sentido, afirma Cavalletti, “resulta ejemplar la posición de Carl Schmitt, quien en el periodo de la República de Weimar veía en la aclamación y en la identidad del gobernante los fundamentos de la democracia, y después de 1933 afirmaba los mismos principios en clave nacionalsocialista” (p. 8); evidenciando, con ello, que lo primordial deja de estar en lo puramente político, para pasar a lo social donde la política se vuelve técnica y la acción un mero hecho.

Continuando con la misma idea, el libro va configurando en los siguientes párrafos la importancia de la sociedad, que trae en sí aparejada la idea de población, de sociología y, con ello, también la noción de “hecho social”. En efecto, citando a Durkheim, Cavalletti describe a la sociedad como un conjunto de fenómenos sociales concretos e ilimitados que permiten concebir la noción del hecho. El hecho, por su parte, se plantea como lo contrario a la inercia, pues se le configura como constante movimiento y cambio ostensible en el fenómeno del crimen en tanto este es visto como un elemento de la evolución que, aunque nocivo, sigue siendo socialmente importante por la idea de una cierta reactualización de la normalidad.

Sin embargo, recién desde el párrafo cinco se comienza a desarrollar el tema más central del texto, mostrando una clara *apostilla benjaminiana*, como el mismo autor lo de-

¹ BENJAMIN, Walter. *Libro de los pasajes*. Madrid: Ediciones Akal S.A, 2005, p. 449, [M 16, 3].

² Ello se debe a que Cavalletti prácticamente no recurre a los autores más reconocidos en esta área; a saber, Foucault, Agabem, Espósito, Negri, etc.

nomina en el segundo y breve capítulo del libro, en la cual poco a poco se va develando la idea de muchedumbre, que también puede entenderse como una masa o una multitud que existe detrás de la supremacía de lo social. Desde esta perspectiva, Cavalletti nos va mostrando que es precisamente la importancia de lo social lo que trae aparejado la noción de muchedumbre, pues a través de la idea del sujeto que se va perdiendo paulatinamente en la masa, es posible ver las características de esta.

Así, la masa se mostrará como compacta, efervescente, en constante movimiento, fácil de dominar y dirigir, pero efímera, en razón a la irracionalidad que presenta. Lo anterior se observa ya con el fenómeno de la revuelta de París, la cual se plantea como una muchedumbre enardecida y peligrosa debido a que suspendió el orden normal de las cosas. Sin embargo, dicha suspensión fue pasajera, pues, aun cuando impactó en el tipo de gobierno e incluso afectó los títulos nobiliarios al incendiar el archivo judicial, no terminó con lo social, debido a que luego de la revuelta volvió el orden normal, y, por consiguiente, la muchedumbre exaltada volvió a ser la masa normalizada.

Desde esta concepción, el autor comienza a delinear lo impotente que es la masa y lo peligrosa que es esta supremacía de lo social, pues lo que en definitiva se puede colegir, es que la idea de masa “objetiviza” al individuo, dejando de considerarlo como un sujeto con acción y discurso para transformarlo en un hecho que es observable, cuantificable, cosificado. Y es aquí en donde llegamos al *quid* del asunto, pues si queremos realizar un cambio radical, si queremos pensar en una revolución, la muchedumbre es un escollo al ser simplemente un conjunto inorgánico y efímero, maleable y moldeable, sujeto a la contingencia. Es por esta razón entonces que Cavalletti –por medio de una larga y muy iluminadora cita del texto benjaminiano *La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica*³–, nos lleva a concebir en la noción de clase la posibilidad de salirnos de la idea de masa, pues la clase, en tanto solidaria y con conciencia de sí misma, permite el relajamiento de la masa y, con ello finalmente, la posibilidad de concebir la revolución.

Es así entonces como los conceptos de conciencia de clase y solidaridad adquieren relevancia en el libro, pues, en tanto se den estas dos situaciones, la posibilidad del cambio se vuelve real. En este sentido, Cavalletti, a partir de la lectura de Marx, Lukács y Benjamin, configura la idea de *Klassenbewusstsein* [conciencia de clase], no como una condición psicológica, ni tampoco como la conciencia de la totalidad, “sino como un sentido devenido consciente de la situación histórica de la clase” (p. 41). Con ello, la conciencia de clase es lo que permite, en parte, la transformación de la masa, pues da cabida al relajamiento de esta y también permite la idea de solidaridad, ya que conciencia de clase y solidaridad son indistinguibles. Ello se debe a que, al hacer hincapié en la solidaridad, el autor nos muestra

³ Véase en BENJAMIN, Walter. *Conceptos de filosofía de la historia*. La Plata: Terramar Ediciones, 2007. pp. 147-182.

claramente su intención de resignificar el término de clase, yendo más allá del antagonismo o contradicción que tradicionalmente aparece en este concepto. De este modo, la solidaridad termina siendo para Cavalletti el elemento primordial en la idea de clase, y con ello también, en la idea de política, de cambio y de revolución.

Es por esto entonces que, al plantear Cavalletti la solidaridad efectiva como una asociación que asume un carácter político, se desarrolla una verdadera guerra civil, en la cual la guerra no aparece como la plantea Carl Schmitt, es decir, “como la posibilidad de una ‘clara’ y ‘concreta’ distinción entre amigos y enemigos” (p. 84) —en tanto principio interno de toda asociación—, sino más bien se presenta la guerra como aquella generada por una “coalición que hace que concluya la competencia de los obreros entre sí” (p. 82); esto es, originada por la solidaridad. Sin embargo, solidaridad no solo la podemos asociar a la idea de coalición, sino que también la podemos vincular al hedonismo en cuanto lo entendemos como una ausencia de placer que “nace en donde la inmediatez de la sensación y del goce se rompe dando lugar a una sed insaciable e infeliz, al miedo a quedar insatisfecho o a las pasiones, que luego son deseos sedentarios” (p. 98). Se vuelve entonces menester recuperar el placer en la espera y en toda necesidad natural, de modo tal que la llegada al límite del deseo trae consigo una liberación de las ilusiones.

A partir de esta última idea, Cavalletti, siguiendo la lectura de Jean Fallot, sugiere que la solidaridad puede plantearse también como la forma actual que toma la liberación epicúrea, en razón a que, tal como el hedonista “sabía que el placer no es el fin del deseo, sino el efecto de la necesidad cuando se satisface” (p. 100); el hedonista marxista que aboga por la solidaridad sabe que “desear es temer a una necesidad insatisfecha” (p. 100) que siempre es creada y mantenida por el dispositivo de lo social. Por consiguiente, queda claro que nunca un deseo podrá ser limitado haciendo ostensible además que, en tanto se asume que en lo social no hay nada natural sino solo hay mitologemas de la naturaleza, la frontera de mi deseo cuando satisfago una necesidad no es mía, de modo tal que el placer solo representa un efímero momento. En base a este vínculo, entonces, la solidaridad característica de la clase se plantea finalmente, como un relajamiento de la masa, en virtud del cual, cuando se revocan los mitologemas de lo social, se devela la “fantasmagoría” de nuestros ilimitados deseos creados.

Sin embargo, la noción de clase, señala Cavalletti ya en los últimos párrafos, también ha sido utilizada por los fisiócratas, pero no basada en la solidaridad y en la conciencia de clase, sino, por el contrario, entendida como “el concepto gracias al cual el fenómeno de la ‘población’ hace inteligible el elemento ‘natural’” (p. 140). En este sentido, por tanto, se configura un término biopolítico, en virtud del cual, todo arte de gobernar ve en la clase la posibilidad de organizar lo social conforme a un orden que se plantea como natural, asimilándose con ello la idea de clase con la idea de masa.

Es por esta razón que resulta tan relevante la resignificación que da Cavalletti a la idea de clase, pues si comprendemos que esta es precisamente lo contrario a la masa, y que no obstante, surge de la experiencia misma de la multitud (por medio del “despertar” del sueño, de la ilusión); nos daremos cuenta que bajo ningún punto la clase permite organizar lo social por medio de “fantasmagorías”; sino por el contrario, busca destruir, abolir, aquel dispositivo social. Otro aspecto de la importancia de esta reconceptualización de la idea de clase, radica en que dicha destrucción, o más bien dicha búsqueda de dar algún contenido real, “no vive en la confrontación con la nación o el pueblo extraño; no se reafirma y se mantiene en la guerra política latente contra su propio enemigo” (p. 127), sino que se obtiene a través de la solidaridad, que no es más que el relajamiento [*Auflockerung*] de la masa y el develamiento de que todo deseo es fantasmagoría.

Es por ello que cabe decir a modo de conclusión que, el “despertar de la multitud”, en tanto *Auflockerung* de la masa y surgimiento de la clase, implica necesariamente un despertar concreto, que puede configurarse como la salida del sueño institucional basado en el arte de gobernar lo social. En este sentido, para intentar dejar atrás la noción de que “el hombre moderno es un animal en cuya política está puesta en entredicho su vida de ser viviente”⁴, es decir, para abandonar la imperante esfera de lo social en virtud de la cual el individuo es visto como un hecho, sin acción ni discurso, pero aun así expuesto a la técnica política del arte de gobernar; es menester no solo liberarnos de los sistemas de producción económica, sino también es necesario desujetarnos, abandonando la servidumbre voluntaria de las formas de producción de masa, lo cual necesariamente involucra al Derecho.

Es interesante, por tanto, no solo quedarnos con la completa reconceptualización que da Cavalletti al concepto de clase, sino que también resulta interesante analizar dicha resignificación en estructuras concretas en donde lo social transfigura toda huella política en una técnica de gobernar la sociedad; siendo claramente aquí el ordenamiento jurídico una forma más (o quizás la principal forma) de regular, categorizar, normalizar y también excluir (incluyendo) individuos, que tienden a ser visto como meros objetos de la normatividad y no como sujetos de acción y discurso.

Violeta Purán Rosas
Ayudante *ad honorem* de Introducción al Derecho
Facultad de Derecho
Universidad de Chile

⁴ FOUCAULT, Michel. 2007. *Historia de la Sexualidad I: La voluntad de saber* (trad. U. Guiñazú). México D.F: Siglo XXI Editores, 2007. p. 173.